



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Rabe, Stephen G.: *The Killing Zone. The United States Wages Cold War in Latin America*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.

Leandro Morgenfeld

Universidad de Buenos Aires / CONICET

leandromorgenfeld@hotmail.com

Este libro analiza la política de Estados Unidos hacia América Latina durante la Guerra Fría, entre 1945 y 1991. Desde el punto de vista de la academia estadounidense, pero con una mirada crítica, Stephen G. Rabe se centra en algunos de los principales procesos que marcaron la historia de la región en esos convulsionados años. Estudia procesos, acciones y pronunciamientos determinantes como la intervención en Guatemala, la escalada contra Cuba, el Corolario Kennan y las doctrinas Kennedy y Johnson, las alianzas de Washington con las dictaduras militares y los horrores cometidos en Centroamérica. Rabe es un reconocido especialista en las relaciones interamericanas, profesor de la Universidad de Texas, integrante de la *Society for Historians of American Foreign Relations* (SHAFR) y autor de varios libros, entre los que se destacan *John F. Kennedy: World Leader*, *U.S. Intervention in British Guiana: A Cold War Story* y *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*.¹

¹ *John F. Kennedy: World Leader*, Washington D. C., Potomac Books, 2010; *U.S. Intervention in British Guiana: A Cold War Story*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2005; *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.

Con claros fines pedagógicos, el libro incluye al inicio una cronología de la Guerra Fría en América Latina desde 1945 hasta 2010. En la introducción, Rabe narra su experiencia enseñando esta temática, expone los ejes de la obra y su estructura, y luego presenta los ejes de los siete capítulos que componen el núcleo de su investigación.

El primer capítulo, “Las raíces de las intervenciones durante la Guerra Fría”,² está dedicado al período 1895-1945, en el que Estados Unidos afirmó su hegemonía en el continente americano, desplazando a las antiguas metrópolis europeas. El hemisferio occidental pasó a ser la esfera de influencia del país del norte, o su “patio trasero”, según la denominación más coloquial que perdura hasta nuestros días. Sin las características colonialistas que se desplegaron en Asia y África, Washington intervino militar, política y económicamente en la región para afirmar su dominio. Rabe inicia su recorrido analizando el Corolario Roosevelt (1904) de la doctrina Monroe (1823), para luego ocuparse de los sucesivos patrones de intervención, la política del “buen vecino” desplegada fundamentalmente desde los años treinta y los cambios que supuso la transformación de Estados Unidos en una potencia con poder de policía global.

El segundo capítulo, “El Corolario Kennan”, está dedicado íntegramente al análisis de las visiones de la seguridad nacional construidas en la inmediata posguerra. Allí afirma Rabe que, durante la administración Truman, Estados Unidos percibió a América Latina como un escenario más de la Guerra Fría, aunque no todavía como un frente importante en la lucha contra la Unión Soviética. Washington observó a la región con un prisma más global que regional, lo cual produjo diversos malos entendidos. George Kennan, especialista en las relaciones con la Unión Soviética y autor del famoso “Largo Telegrama” de 1946, publicado como artículo al año siguiente en la influyente *Foreign Affairs*, visitó América Latina en febrero de 1950 para aprender más sobre la región. Ridiculizó el panamericanismo y las instituciones multilaterales como la Organización de los Estados Americanos (OEA), y planteó que era necesario que Washington previniera cualquier movimiento latinoamericano contra Estados Unidos, ya sea militar o psicológico, a la vez que era vital presentar a la región como fuente de materias primas estratégicas para la potencia del norte. En síntesis, Estados Unidos debía actuar resueltamente para evitar que la subversión interna trajera

2 Las traducciones de citas textuales y títulos de capítulos son propias.

el peligro comunista al “patio trasero”. En su esquemática visión, América Latina no tenía ninguna importancia en sí misma, sino en función de los intereses estadounidenses en el marco de la Guerra Fría. Según su perspectiva, los líderes de la región no comprendían los asuntos globales, eran poco realistas al esperar la ayuda estadounidense para abandonar el subdesarrollo, se caracterizaban por su irresponsabilidad y carecían de los requisitos culturales como para crear sociedades modernas y democráticas con economías desarrolladas. En consecuencia, planteaba, el apoyo a las dictaduras militares era el camino para prevenir el comunismo y proteger los intereses vitales estadounidenses. La promoción de valores democráticos, en consecuencia, fue desplazada a medida que ganó lugar el discurso de la seguridad nacional y de la lucha sin cuartel contra el peligro rojo. El anticomunismo dio lugar a una renovación del intervencionismo, justificado ahora por este interés global y vital para Washington. El Corolario Kennan, concluye Rabe en este capítulo, se transformó en la política exterior estadounidense. El principio de no intervención, que los países latinoamericanos consideraban el corazón de la OEA, era interpretado en términos no absolutos por la Casa Blanca, que a partir de entonces desplegaría acciones militares y políticas, tanto encubiertas como abiertas, contra sus enemigos regionales. El Corolario Kennan y la Doctrina Miller se transformaron en guías para la política de Washington, y se continuaron durante las presidencias de Eisenhower.

El tercer capítulo, “Guatemala, la madre de las intervenciones”, explica cómo el golpe de 1954 contra Arbenz sirvió a Washington como laboratorio para futuras intervenciones en Cuba, Brasil, Guayana Británica, Chile y otros países: “En Guatemala, la CIA desarrollaría tácticas —guerra psicológica, penetración controlada de unidades militares, sindicatos, organizaciones religiosas, grupos estudiantiles y medios de comunicación— que serían luego utilizadas a lo largo de todo el hemisferio occidental durante la Guerra Fría” (p. 36). Si bien esta intervención está generalmente asociada a la administración Eisenhower —que en sus primeros meses intervino también en Irán—, en realidad, advierte correctamente Rabe, la campaña contra Árvalo y Arbenz con operaciones encubiertas se había iniciado durante la administración Truman. El nombre en código de la CIA para la operación a través de Castillo Armas sería “RUFUS”, que se implementó con la estrecha colaboración de las dictaduras de Anastasio Somoza García y Rafael Trujillo. Rabe explica que el “éxito” de la operación reforzó la inclinación de la administración Eisenhower a ignorar el prin-

cipio de no intervención, desdeñar a los líderes reformistas latinoamericanos y reforzar el apoyo a los dictadores anti-comunistas como Somoza, Trujillo y Batista. Su secretario de Estado, Dulles, fue sumamente tolerante con las dictaduras latinoamericanas, en tanto eran una firme barrera contra la expansión del comunismo en América. Rabe no solamente documenta con detalle la abierta participación estadounidense en el golpe, sino que también realiza una minuciosa descripción de las atroces violaciones de derechos humanos que se perpetraron desde 1954 en Guatemala, con más de 200.000 víctimas fatales en las décadas siguientes. También muestra cómo durante las sucesivas administraciones Kennedy y Johnson, la agonía del país centroamericano no hizo sino profundizarse. En 1963, el joven presidente estadounidense impulsaría un nuevo golpe en Guatemala, para evitar el previsible triunfo electoral de Arévalo. El “pecado original” guatemalteco sería replicado por Estados Unidos a lo largo de toda la Guerra Fría.

El cuarto capítulo, “Guerra contra Cuba”, está dedicado íntegramente al análisis de la batalla de Washington para derrotar al régimen castrista. Primero plantea una reconstrucción del proceso revolucionario, quizás redundante para los lectores latinoamericanos, luego analiza la supuesta “amenaza cubana”, incluyendo las desavenencias entre los revolucionarios cubanos y los jerarcas soviéticos —escépticos frente a la apertura de un frente revolucionario en América Latina—, incluyendo la intervención militar en playa Girón y la crisis de los misiles de octubre de 1962. Rabe finaliza este capítulo analizando la política de Lyndon Johnson hacia la isla —básicamente, mantuvo la hostilidad hacia el gobierno de Castro—, quien se rehusó a aceptar la legitimidad de la Revolución. Más allá de este lineamiento general, terminó con la guerra encubierta contra Castro, tal como la habían desplegado Eisenhower y Kennedy. Entre las razones que enumera Rabe, se encuentran la animadversión que le generaba el fiscal general Kennedy —el más identificado con la campaña anticastrista— y su voluntad de mejorar las relaciones con la Unión Soviética. Desde 1965, entonces, desplegó políticas de “contención” del castrismo, pero ya sin procurar tan enfáticamente voltear al régimen. El capítulo termina ocupándose de la experiencia del Che en Bolivia y de cómo, tras su derrota, Castro terminó aceptando los principios de coexistencia pacífica, dejando la isla de ser una real amenaza revolucionaria para la región.

El quinto capítulo, “No más Cubas: las doctrinas Kennedy y Johnson”, se centra en el análisis de las políticas de esas administraciones para evitar el contagio del “mal ejemplo” cubano. La

promoción del desarrollo y la democracia, a través de la Alianza para el Progreso, parece haber sido el instrumento desplegado, la “zanahoria” que acompañaba el “garrote” del intervencionismo. En términos de Rabe: “Desde la perspectiva de Estados Unidos, prevenir una ‘segunda Cuba’ en la región era el mayor objetivo de su política exterior por razones domésticas e internacionales. Los miedos ante la amenaza de la seguridad nacional triunfaron sobre los sueños de mejorar la vida de los latinoamericanos. Las administraciones Kennedy y Johnson intervinieron en toda América Latina invadiendo países, desestabilizando gobiernos popularmente electos, penetrando instituciones y asociaciones latinoamericanas, y manipulando elecciones. Ambas administraciones ayudaron a crear el clima político e ideológico en América Latina en el cual los asesinatos masivos y las violaciones de derechos humanos caracterizaron la vida política durante los años setenta y ochenta” (pp. 85-86). La Alianza para el Progreso fue la creación de Kennedy para hacer frente a las demandas del “área más peligrosa del mundo”, según sus propias palabras. Era una respuesta a los postergados pedidos de los líderes latinoamericanos de que se estableciera una suerte de Plan Marshall para América Latina. Sin embargo, más allá de las promesas, esta política resultó en un gran fracaso. En los años sesenta, 16 cambios de gobierno extra-constitucionales sacudieron la región. No se produjo tampoco el “despegue” económico que decían perseguir sus impulsores. Falló en alcanzar sus 94 objetivos en salud, educación y bienestar. Durante esa década, recuerda Rabe, los desempleados latinoamericanos crecieron de 18 a 25 millones. Tampoco podía equipararse con el Plan Marshall. Mientras aquel programa implicaba ayuda directa, en el caso de la Alianza para el Progreso en realidad lo que Estados Unidos ofrecía eran préstamos, que luego debían ser reembolsados. Los reclamos de los líderes latinoamericanos no hicieron sino reaparecer, con fuerza, en mayo de 1969, con el “Consenso de Viña del Mar”, cuando le reclamaron a Estados Unidos que abriera sus mercados para las exportaciones provenientes del sur del continente. El resto del capítulo está dedicado a las dos intervenciones emblemáticas de Estados Unidos en el resto de la década: la invasión en Santo Domingo (1965) y el abierto apoyo al golpe contra Goulart, en Brasil (1964). Al final de la década, el gobierno de Estados Unidos había sido exitoso en preservar el orden en su “patio trasero”, manteniendo el subdesarrollo latinoamericano y sosteniendo a dictadores, justo lo contrario que pregonaba la Alianza para el Progreso. Sería tarea de Nixon y Kissinger extender y expandir ese dudoso legado.

El octavo capítulo, “Dictadores militares: aliados en la Guerra Fría”, está dedicado a analizar la estrecha relación que Washington cultivó con las dictaduras latinoamericanas. Rabe recuerda que Nixon, siendo aún candidato, realizó en 1967 una gira por Perú, Chile, Argentina, Brasil y México, tras la cual felicitó a los gobiernos militares y declaró que la democracia al estilo norteamericano no podría funcionar en América Latina. Ya electo presidente, envió a Nelson A. Rockefeller a una gira por todos los países de la región, pero luego no adoptó sus recomendaciones. Kissinger fue nombrado como secretario de Estado y, más allá de las promesas de ayuda, Estados Unidos recortó los fondos destinados a América Latina, que a su vez se vio afectada por las nuevas restricciones tarifarias impuestas tras la crisis económica del dólar (1971). La Casa Blanca determinó que la región no podía afrontar el costoso lujo de las democracias y que necesitaba liderazgos fuertes, para evitar el avance del comunismo. Así, pervivió una visión paternalista sobre América Latina, como la expresada por George Kennan, Dean Acheson, George Humphrey, Thomas Mann, John Connally y Henry Kissinger. Rabe dedica casi todo este capítulo a analizar detalladamente cómo la administración Nixon y el aparato de inteligencia estadounidense intervinieron de todas las formas posibles (militar, económica, política e ideológicamente) para evitar primero el triunfo de Allende en Chile, para desestabilizarlo después y para lograr finalmente que el golpe de Pinochet resultara triunfante. Terminó, el 11 de septiembre de 1973, la primera y única experiencia latinoamericana de un gobierno socialista que había accedido al poder por la vía electoral. Ese “éxito” de Washington animó a quienes alentaron luego otros golpes de Estado en la región, como el encabezado por Videla en Argentina.

El séptimo capítulo, “Horrores de la Guerra Fría: América Central”, está dedicado al período 1979-89, esa década en que las atrocidades cometidas en nombre de la lucha contra el comunismo alcanzaron un pico. El año 1979, el del triunfo de la revolución sandinista, marcó un punto de inflexión en la historia centroamericana. Mientras, tras la derrota en Vietnam, el consenso interno sobre la política intervencionista de Estados Unidos era cada vez más desafiado —muchos ciudadanos empezaron a cuestionar las premisas de la Doctrina Truman y la NSC 68/2—, el poderoso *lobby* militarista en Washington pugnaba por incrementar las acciones en América Central. La política de derechos humanos de Carter, plantea Rabe, fue inconsistente en América Latina, especialmente a partir de 1979, y el presidente fue perdiendo control de las decisiones, y

no logró la reelección, lo que incrementó el poder del ala más beligerante del poder en Washington: “Muchos ciudadanos estadounidenses ahora creían que habían sobrerreaccionado a las lecciones de Vietnam y el *Watergate*. Los Estados Unidos debían mantener una política agresiva, porque la Unión Soviética todavía podía alcanzar la dominación mundial. Respaldar regímenes anticomunistas y dictadores era una opción más segura que promover la democracia y los derechos humanos. El mundo del NSC 68/2 y el Corolario Kennan retornarían con la derrota de Carter y la elección de Reagan en noviembre de 1980” (p. 149). El capítulo, con profusa documentación, se centra en los procesos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, en los que, en nombre de la lucha anticomunista, se produjo un genocidio sin precedentes, con la complicidad de Washington.

Finalmente, Rabe dedica un último apartado al análisis de las secuelas de la política estadounidense hacia América Latina durante la Guerra Fría. Destaca que, mientras muchos países de la región crearon comisiones para investigar las violaciones de derechos humanos durante el casi medio siglo de confrontación entre la Unión Soviética y Estados Unidos, en este último país no existe el mismo proceso de reflexión y estudio sobre las atrocidades de ese período, cometidas en nombre de la lucha anticomunista. Ninguna agencia del gobierno estadounidense condujo un análisis sistemático del rol de Estados Unidos en América Latina durante la Guerra Fría, más allá de las disculpas expresadas por algunos funcionarios estadounidenses. La desclasificación de documentos, por ejemplo, no fue acompañada por una discusión pública sobre estas políticas. La discusión sobre el rol de Estados Unidos en la guerra en América Latina, se lamenta Rabe, se encuentra confinada a la comunidad académica. El autor contrasta los avances producidos en Argentina, Chile, El Salvador (países en los que fueron creadas Comisiones de la verdad) y Guatemala, por ejemplo, con la actitud del gobierno estadounidense, renuente a emprender un camino similar. Menciona, como ejemplo, la Escuela de las Américas. Si bien fue cerrada por Bill Clinton en el año 2000, en enero del año siguiente fue reabierto con el nombre de Instituto para la Cooperación en Seguridad del Hemisferio Occidental. Una caracterización similar realiza el autor sobre el anacrónico embargo contra Cuba, rechazado por la mayoría de los ciudadanos estadounidenses, pero que persiste a lo largo de las décadas. Sí destaca el esfuerzo de algunas instituciones, como el Archivo Nacional de Seguridad situado en la Universidad de Washington, por sus esfuerzos para desclasifi-

car los documentos confidenciales acerca de la Guerra Fría en América Latina.

Al final del libro, Rabe concluye que “Estados Unidos emprendió la Guerra Fría en América Latina porque juzgó que el comunismo en la región, a pesar de definirlo vagamente, representaba una amenaza para la seguridad nacional, impedía a Washington actuar y podría incitar un desagradable debate político doméstico. (...) La *realpolitik* sola no puede explicar, y mucho menos justificar, lo que ocurrió en América Latina durante la Guerra Fría. El horror, que acosó países grandes como Argentina y otros pequeños como El Salvador, dejó espantados a los académicos especializados en las relaciones internacionales. Estados Unidos minó sistemas constitucionales, derrocó gobiernos popularmente electos, amañó elecciones, y suministró, entrenó, mimó y excusó a los bárbaros que torturaron, secuestraron, asesinaron y 'desaparecieron' latinoamericanos” (p. 194).

La investigación de Rabe tiene importantísimos méritos. Está basada en un gran trabajo de archivos, incluyendo muchos documentos recientemente desclasificados, denuncia acertadamente las atrocidades cometidas por los sucesivos gobiernos estadounidenses en su política regional y plantea un análisis de largo plazo y que abarca no un conflicto puntual y específico, sino un proceso que afectó a toda la región durante casi medio siglo. Sin embargo, este libro tiene un mayor impacto potencial al interior de Estados Unidos, donde estas políticas son menos conocidas —especialmente fuera del ámbito académico—, que en América Latina, en donde se conocen más estas atrocidades y las complicidades de Washington. El autor se centra más en la necesaria descripción y documentación de los horrores —aún no reconocidos a nivel gubernamental en Washington, como él mismo explica—, que en un análisis que establezca los vínculos entre esta política de terror y los intereses imperialistas de largo, mediano y corto plazo de Estados Unidos. Vincular el intervencionismo político y militar con los intereses de la gran burguesía estadounidense es una tarea académica fundamental para desentrañar la lógica de ese accionar.